

# CUADERNOS DE HISTORIA 1

DEPARTAMENTO DE CIENCIAS HISTORICAS  
UNIVERSIDAD DE CHILE DICIEMBRE 1981



## LA ACTUALIDAD DE LA HISTORIA EN EL MUNDO CONTEMPORANEO

*Ricardo Krebs W.*

Hace unos cien años, el historiador Jacob Burckhardt, en su curso sobre el Estudio de la Historia, que se publicó bajo el título *Consideraciones sobre la Historia Universal*, atribuyó al siglo XIX una especial aptitud y vocación para el estudio de la historia.

Entre los diversos argumentos que esgrimió en apoyo de su tesis se destaca uno como particularmente interesante: Burckhardt define la ciencia histórica esencialmente como una ciencia de crisis, esto es, como una ciencia que se origina en las crisis históricas y que constituye una respuesta racional del hombre para hacer frente al fenómeno de la crisis.

Burckhardt recordaba al respecto que la historia de Tucídides había tenido su origen en la profunda crisis que la Guerra del Peloponeso había significado para Atenas y para el mundo helénico entero. Recordaba a Tácito cuya obra, la *Germania*, las *Historiae* y los *Annales*, habían tenido su origen en su admiración por la antigua grandeza de Roma y su honda preocupación por la crisis en que se encontraba sumida la sociedad romana.

Análogamente, la historiografía del siglo XIX tenía su origen en la crisis casi permanente que afectaba a Europa desde la Revolución Francesa. Los cien años que habían transcurrido desde 1789 habían sido un siglo de revoluciones y de cambios profundos y cada vez más acelerados. La misma revolución había dado origen, por otra parte, al interés histórico que había sido una especie de antídoto o contrapeso para impedir que la revolución sumiese a la sociedad en un caos total. "Sólo la observación del pasado nos permite establecer un criterio para medir la velocidad y el impulso del movimiento del cual nosotros mismos participamos".

La afirmación de Burckhardt parece encontrar su confirmación en el hecho de que el siglo XIX presenció, efectivamente, el más intensivo desarrollo de las ciencias históricas. No solamente la historiografía propiamente, sino todas las

ciencias humanas y sociales quedaron imbuidas de un espíritu histórico e historicista y recurrieron al pasado y a los métodos históricos para explicar la realidad: historia de la religión, historia del derecho, historia de la literatura, gramática histórica, historia de la filosofía, historia del arte. La explicación genética parecía la única que permitía aprehender científicamente la realidad humana. La existencia del hombre fue comprendida esencialmente como existencia histórica. Para proyectar el futuro y tomar decisiones responsables en el presente, parecía indispensable tener un cabal conocimiento del pasado.

Burckhardt dictó su curso en la Universidad de Basilea en el año 1872, un año después de la Guerra Franco-Alemana. Desde entonces ha transcurrido más de un siglo. Pronto recordaremos el segundo centenario de la Revolución Francesa. Y en la mirada retrospectiva podemos comprobar que la revolución, que Burckhardt calificó de fenómeno central del siglo XIX, no sólo ha continuado, sino que se ha intensificado y acelerado y ha alcanzado dimensiones que ni el mismo Burckhardt se habría imaginado. En el siglo XX no sólo se han producido cambios políticos y sociales radicales, no sólo se han trasladado los centros de gravedad del acontecer histórico hacia las nuevas superpotencias, no sólo se han producido guerras globales y totales de un grado de destrucción que no tiene antecedentes en la historia, sino que ha tenido lugar una gigantesca revolución científica y tecnológica que ha transformado en forma radical y casi total las formas de la existencia humana.

El siglo XIX y el siglo XX, todo el período después de la Revolución Francesa, aparece como un período esencialmente revolucionario y, en cierto sentido, como un período en que el hombre ha vivido en una crisis permanente.

Si en este aspecto el diagnóstico de Burckhardt parece certero, cabe preguntar si aún vale su afirmación de que el proceso de cambios engendra necesariamente un contrapeso y que éste consiste en el análisis histórico del cambio y de los orígenes del cambio.

¿Es cierto que los cambios revolucionarios del siglo XX invitan también al contemporáneo a la reflexión histórica y que ellos capacitan y disponen al hombre contemporáneo de una manera especial para buscar en el pasado un contrapeso a los tormentosos tiempos en que le toca vivir? ¿Tiene el siglo XX una vocación histórica?

Hay muchos indicios que inducen a contestar esta pregunta en forma negativa. Desde que Nietzsche, en su consideración extemporánea "De la utilidad y del inconveniente de la historia para la vida" lanzara su anatema contra la historia, se ha repetido una y otra vez el reproche de que el estudio de la historia incapacita al hombre para afrontar los problemas de la vida actual.

Se señala que el estudio del pasado frena e impide el progreso; que los pueblos subdesarrollados deben sacudir el peso de la tradición para incorporarse al desarrollo; que el recuerdo de las absurdas irracionalidades del pasado, sus guerras, sus pasiones, su obscurantismo, contribuye a conservar elementos irracionales en un mundo basado fundamentalmente en la racionalidad y en el cálculo previsor.

A las críticas basadas fundamentalmente en criterios prácticos y éticos, se

agregan las críticas formuladas en el plano teórico. Las llamadas "ciencias exactas" critican la "inexactitud" de la historia, critican su subjetivismo y su falta de rigor metodológico y le hacen el reproche de que ella no está en condiciones de formular pronósticos ciertos o esquemas válidos para el futuro. Las nuevas ciencias sociales, la sociología, la politología, la sicología social, señalan que la ciencia histórica se ha quedado atrás y que no emplea en forma suficiente los métodos matemáticos cuantitativos, los únicos que garantizan un conocimiento objetivo y que permiten llegar a conclusiones válidas que puedan influir sobre el desarrollo de la sociedad.

A todo ello se agrega un cierto cansancio y aburrimiento frente al pasado. Los profesores de historia en el colegio se quejan de que los alumnos no tienen ningún interés por el pasado, y que éstos consideran que la clase de historia es la más aburrida de todo el plan de estudios y que pueden vivir perfectamente en la sociedad actual sin saber quien ha sido Pericles, César o Carlomagno.

Las críticas a la historia no han quedado sin consecuencias prácticas. Hay una tendencia general a reducir la enseñanza de la historia en el colegio, a limitarla casi exclusivamente a la historia más reciente y a sustituirla por las llamadas ciencias sociales.

Frente a tales reproches y manifestaciones de indiferencia y hastío el historiador podría reaccionar con mucha serenidad y podría señalar que hasta ahora ninguna alta cultura ha podido existir sin alguna forma de recuerdo histórico. La dimensión histórica constituye una dimensión esencial de la existencia humana de modo que, por mucho que se critique la ciencia histórica y se ignore el pasado, siempre se tendrá que tener presente la historia.

Además el historiador puede destacar el hecho irrefutable de que, conjuntamente con el hastío, la indiferencia y la oposición, sigue existiendo un vivo interés por el pasado.

Las librerías están llenas de biografías históricas y de memorias de los grandes personajes de nuestro tiempo. Existe un inusitado interés por la arqueología y la prehistoria. Se crean nuevos museos históricos y se desarrollan técnicas para exponer los testimonios del pasado en forma cada vez más atrayente. El turismo histórico ha alcanzado proporciones extraordinarias y millones de turistas visitan anualmente las pirámides egipcias, las ruinas de Macchu Picchu, la Acrópolis, el Coliseo, la Catedral de Chartres o el palacio de Versalles.

Mas estas indicaciones no constituyen una respuesta realmente satisfactoria a la pregunta por la importancia de la historia en nuestro tiempo.

Nó basta con señalar que el interés por el pasado es innato al hombre y que el hombre siempre ha recordado su pasado, de modo que se puede tener la certeza y la confianza de que el interés por el pasado se mantendrá también en el futuro. Ni basta con constatar que sigue habiendo un público lector de biografías y memorias y que existe una fuerte curiosidad por los monumentos arqueológicos e históricos.

Si preguntáramos a algunos de aquellos incontables turistas por qué visitan el palacio de Cnosos o los templos de Paestum o las ruinas de Pompeya o las

magnificencias de la Florencia renacentista, quizás unos nos contestarían que lo hacen para poder comprobar cuán lejos ha llegado el hombre en su progreso. Comprueban con satisfacción que ya el romano ha conocido un sistema perfecto de alcantarillado y de calefacción con loza radiante, pero que el siglo XX dispone de una tecnología muy superior. Y otros tal vez contestarían que, al recorrer el maravilloso claustro de Monreale o al contemplar la mística luminosidad de la Sainte Chappelle, sentían la evidencia inmediata de que, en comparación con el caótico mundo actual, los otros tiempos habrían sido mejores, habrían sido tiempos de plenitud en que el tiempo había estado en armonía consigo mismo, con el mundo y con Dios.

En ambos casos, por distintas que sean las motivaciones y conclusiones, el aparente interés histórico obedece a un utopismo irreal. En ambos casos se comprende el mundo preindustrial como un mundo distinto, quizás exótico, frente al cual algunos sienten el orgullo y la satisfacción de pertenecer a un mundo mejor y de marchar hacia un futuro cada vez más perfecto, mientras que los otros, huyendo de los horrores del presente, miran con nostalgia hacia los buenos tiempos del pasado.

Mas el historiador sabe que el Siglo de Oro es una utopía y que no existe el mundo feliz, ni en el pasado ni en el futuro.

A pesar de la evidente curiosidad por el pasado, a pesar de que el turismo vende la historia con manifiesto éxito, el historiador debe plantearse muy críticamente la pregunta por el significado que pueda tener el estudio de la historia en nuestro tiempo.

Al respecto el historiador debe reconocer honestamente que, en comparación con el siglo XIX, el interés por la historia ha disminuido en nuestro tiempo. La ciencia histórica ya no es una ciencia de moda. La sociología, la ciencia política, la psicología están ocupando el lugar que en el siglo XIX ocupaba la historia. En el siglo pasado, el rey de Baviera pidió a Leopold von Ranke que le hiciera una exposición sobre las Epocas de la Historia Moderna, porque esperaba encontrar allí la inspiración e información para cumplir mejor con sus tareas de gobernante. Hoy en día, los hombres de acción, los políticos y los empresarios, contratan a economistas, sociólogos y psicólogos para que elaboren los modelos de acuerdo con los cuales se debe planificar el futuro y moldear el presente.

El historiador debe reconocer objetivamente que para el hombre activo de nuestro tiempo la historia ya no es *magister vitae* y que existe un gran número de personas que creen poder prescindir de los conocimientos y recuerdos del pasado.

Mas no basta con comprobar este hecho ni tiene sentido lamentarse quejumbrosamente de él. Es necesario analizar las causas de este cierto hastío y desprecio. ¿Qué motivos tuvo Nietzsche para señalar que un exceso de memorización histórica era perjudicial para la vida y que el hombre debía proponerse conscientemente olvidarse de gran parte de su pasado? ¿Qué motivos hay para que hoy en día se confíe más en la ciencia política y en la sociología que en la

historia? ¿Cómo se explica la tendencia de limitar la enseñanza de la historia en el colegio a la historia más reciente?

Un primer análisis de este fenómeno nos permite descubrir que el desinterés por la historia guarda una relación directa con el hecho de que nuestra época es, en sí, ampliamente ahistórica. La ahistoricidad de la sociedad actual, o sea, la carencia de raíces históricas, es una característica esencial del moderno mundo industrial el cual está basado en una tecnología que es de origen reciente y que no tiene precedentes en el pasado.

La técnica basada en la máquina y, en particular, en el motor es un fenómeno radicalmente nuevo que separa a la época contemporánea de todos los tiempos anteriores. Si queremos meditar sobre una experiencia religiosa, podemos recurrir a San Clemente de Alejandría o San Agustín. Si queremos analizar algún problema filosófico, podemos consultar a Platón y Aristóteles. Homero, Safo y Arquíloco nos siguen emocionando con sus creaciones poéticas. En todos estos ámbitos podemos seguir dialogando con los antiguos y escuchar su sabiduría y gozar con su belleza. En cambio, si queremos consultarlos sobre algún problema técnico, ellos permanecen mudos. El libro de la técnica es un libro nuevo cuyas primeras páginas se han escrito hace muy pocos días. El problema de la técnica es nuestro problema. Para su solución no podemos recurrir a ninguna experiencia histórica anterior.

Pero este mundo técnico industrial no sólo carece de raíces históricas, sino que, por su naturaleza misma, se opone a echar raíces. La ley de este mundo es la ley del cambio. Las modas cambian de año en año. Cada año las industrias lanzan sus nuevos modelos al mercado. A diferencia de la antigua artesanía que producía bienes durables que pasaban de generación a generación, el producto industrial moderno es y debe ser desechable. Uno de los símbolos de la sociedad moderna son los botaderos de basura, los cementerios de automóviles en que terminan los productos después de efímero uso. En alemán, la sociedad de consumo ha sido calificada también de "Wegwerfgesellschaft", de sociedad que bota las cosas y que las debe botar para hacer un lugar a los nuevos productos que son el resultado de los avances científicos y tecnológicos y que deben ser lanzados al mercado para garantizar el crecimiento de la producción y del bienestar.

La tecnología cambia continuamente y con ella cambian las formas de vida. El motor a vapor, el motor a explosión, la energía eléctrica, la energía atómica, la electrónica, la automatización: con ritmo cada vez más acelerado cambian las condiciones que sustentan la existencia humana. La sociedad industrial vive para el presente y vive para el futuro. Todo cambia. Vivimos en una revolución permanente. Es un estigma y una desgracia ser subdesarrollado. Todos y todo tienen que desarrollarse. El pasado debe quedar atrás. La tradición pierde su sentido.

¿Qué función tiene entonces todavía la reflexión histórica? Y no sólo la tecnología es un fenómeno nuevo, sino que la misma sociedad contiene dentro de sí nuevos elementos.

El proletariado industrial y urbano constituye un fenómeno sociológico nuevo que, como tal, no tiene antecedentes en la historia. Toda analogía con el esclavo de la Antigüedad o el siervo medieval es artificial y superficial.

El proletario, el vecino de una población marginal, el habitante de una villa miseria tiene, en el mejor de los casos, a un padre conocido. ¿Pero qué sabe de sus abuelos?

El aristócrata, al recordar el pasado, se encontraba allí con sus propios antepasados y, por eso, cuando leía historia, leía su propia historia. En el pasado se encontraba a sí mismo.

La burguesía del siglo XIX, el siglo historicista por excelencia, tenía todavía una cultura clásica y, conjuntamente con estudiar griego y latín, leía a Heródoto y Tucídides, a Tito Livio y Tácito y veía en la cultura clásica el fundamento de su existencia espiritual. Y cuando estudiaba la Edad Media, gozaba y se sentía orgulloso al informarse sobre el origen de la burguesía urbana, sobre los viajes de intrépidos comerciantes, sobre las épicas luchas de la burguesía contra la nobleza por la libertad comunal, sobre la opulencia y el poder de las ciudades lombardas o de la Liga Hanseática y sobre la nueva idea de libertad que había nacido con la civilización urbana.

El proletariado, en cambio, que nació con la revolución industrial, no tiene raíces en los siglos precedentes. Algunos provinieron de las regiones rurales, pero, al trasladarse a los centros urbanos e industriales, cortaron sus raíces y se salieron de su tradición. El campesino, vinculado a la tierra, vivía en un mundo que era el resultado de un desarrollo secular. El proletario se acercaba en barrios nuevos, carentes de toda tradición. Cuando recorría los barrios antiguos de una ciudad, se encontraba allí con los palacios de los reyes y nobles y con las opulentas casas patricias, de las cuales él estaba excluido. Se encontraba con monumentos de héroes y sabios que nada o poco le decían. Al volver a su callampa, volvía a un mundo que ayer aún no había existido y que estaba hecho de materiales efímeros, condenados a desaparecer sin poderse cubrir de pátina histórica. La historia no era prehistoria de su propia actuación en el mundo. El tenía un presente y quizás un porvenir, pero no tenía pasado.

En nuestro análisis llegamos, pues, a la conclusión de que el relativo desinterés por la historia que existe en nuestros días no se debe a una casualidad ni a factores contingentes, sino que tiene su origen en rasgos esenciales de nuestra época.

Mas: ¿significa ello que el estudio de la historia ha perdido todo sentido y toda razón de ser?

Para responder a esta pregunta, debemos continuar nuestro análisis. Al hacerlo, descubrimos que nuestro primer análisis ha sido superficial y que sus conclusiones han sido precipitadas.

Si bien es cierto que la sociedad industrial es un fenómeno histórico y que se rige por la ley del cambio, debemos agregar que ella, a su vez, tiene ya su historia y que ha recorrido varias etapas en su desarrollo. Desde el invento de las primeras máquinas, de la máquina de hilar y del telar mecánico, han transcurrido 200 años, período similar al reinado de la gloriosa dinastía XVIII en el

Egipto; período considerablemente más largo que los 50 años que median entre las Guerras Médicas y la Guerra del Peloponeso durante los cuales el genio helénico produjo sus más grandes obras; período tan largo como el Renacimiento italiano. Durante este período ¡cuántos cambios se han producido! A la luz de los adelantos técnicos del siglo XX, los comienzos de la Revolución Industrial se presentan como etapa lejana, una especie de "prehistoria", más ligada a la sociedad artesanal de los siglos y milenios precedentes que a la época contemporánea. Con una cierta innegable continuidad se combinan profundas mutaciones que permiten hablar de un desarrollo que se articula en determinadas etapas. Y así se habla, en efecto, de una Primera, una Segunda y una Tercera Revolución Industrial, primer intento de aprehender el significado de este proceso.

A pesar de su aparente ahistoricidad, la época de la revolución industrial es —y lo es necesariamente— un período histórico y, por lo tanto, es historiable. Puede y debe ser comprendido históricamente y para ello se deben emplear categorías históricas. Una vez más se demuestra que el hombre no puede tomar decisiones inteligentes y realistas en el presente y que no puede proyectar su futuro, si no conoce y si no comprende su pasado. Innumerables son, en efecto, las obras históricas dedicadas al estudio de la sociedad industrial, del desarrollo de la tecnología y de la ciencia, del origen y desarrollo del proletariado y de los movimientos obreros, de las revoluciones políticas y de las guerras de los siglos XIX y XX.

La época contemporánea, a primera vista tan ahistórica, ha creado sus propios museos, destinados a recordar a sus héroes y las obras más significativas de este proceso.

La época contemporánea ha creado su propia conciencia histórica y ha recurrido a las categorías históricas y a los métodos históricos para comprenderse a sí misma.

En esta etapa de nuestro análisis constatamos, pues, que en nuestro tiempo la historia no es comprendida sólo como algo inútil, inconveniente y perjudicial, como lo había afirmado Nietzsche, sino que ella sigue teniendo una gran vitalidad, ella sigue correspondiendo a una necesidad y ella se traduce, de hecho, en una grandiosa producción historiográfica en todos los niveles, desde el concurso por televisión y el cine hasta los fascículos ilustrados, la gran narración y el tratado erudito.

Mas al comprobar este hecho, sólo reivindicamos, por el momento, la importancia de las ciencias históricas en función del mundo contemporáneo, o sea, de nuestro pasado inmediato y de los antecedentes directos de la situación histórica actual.

Debemos preguntar: ¿es la historia contemporánea la única que en nuestros días tiene aún una razón de ser?

¿Queda reservada la historia medieval y antigua sólo para el especialista y

para aquel que las cultiva como un pasatiempo, pero sin que trascienda más allá de ciertos círculos esotéricos, sin que forme parte de la cultura general, sin que constituya un aporte esencial para el conocimiento de la realidad, conocimiento sin el cual el hombre no puede configurar su mundo humano?

El conocimiento histórico del mundo contemporáneo constituye un nuevo peldaño del pensamiento histórico; sin embargo, éste no se puede detener en él. Este peldaño no puede sustituir jamás la totalidad del *continuum* histórico que ha conducido hasta él. Sólo podemos determinar el significado específico de la historia contemporánea si la relacionamos con la totalidad del proceso histórico. Sólo puesta en el contexto de la historia universal, revela su sentido.

Si quisiéramos borrar los siglos y milenios anteriores, como hoy en día se pretende hacer en algunos programas de estudios escolares, el juicio histórico perdería la dimensión del tiempo que constituye una dimensión esencial del existir humano. Si renunciáramos a conocer los orígenes del mundo de hoy, convertiríamos este mundo en algo absoluto y exclusivo y con ello lo convertiríamos en un mundo inhumano. Como dijo Ranke: ningún tiempo es absoluto en sí, sólo es absoluto ante Dios.

Si examinamos más de cerca la historia contemporánea y analizamos el desarrollo tecnológico, el crecimiento de los centros urbanos, la despersonalización y racionalización de las instituciones políticas; la secularización del pensamiento: todos estos procesos no se iniciaron recién en el siglo XIX o en el XVIII, sino que ellos son la continuación y el resultado de largos y complejos procesos que no pueden ser comprendidos sin hacer su historia.

En la "prehistoria" de estos procesos aparece Cristóbal Colón y Vasco de Gama quienes descubrieron la unidad geográfica del mundo, descubrimiento que fue la base y el punto de partida para la progresiva unificación económica, política y civilizatoria del mundo; aparecen Galileo, Képler y Newton que descubrieron las leyes del universo y que fijaron la posición de la Tierra en el sistema planetario; aparecen Maquiavelo y Bodino, Locke y Rousseau, quienes formularon un nuevo concepto de la política y del Estado.

Si no nos remontamos a estos orígenes, no nos podemos explicar el mundo contemporáneo, no podemos hacer inteligibles los complejos procesos de que somos sujetos y objetos y que debemos comprender para que no nos arrastren a un futuro aciago.

Pero tampoco podemos detenernos en el extraordinario siglo XVII en que la aparición del *Diálogo* de Galileo en 1632, del *Discurso del Método* de Descartes en 1637 y de los *Principia* de Newton en 1687 marcó una de las revoluciones más grandes que se ha producido en la historia universal del pensamiento, ni tampoco podemos detenernos en los heroicos tiempos del Renacimiento en que los navegantes descubrieron nuevos mundos, en que los humanistas crearon un nuevo ideal humano, en que los pensadores, los poetas y los artistas definieron una nueva actitud frente a la naturaleza y frente a Dios.

Newton, si bien su física marcó la superación definitiva de la física aristotélica, es inconcebible sin Aristóteles; Copérnico es inconcebible sin Ptolomeo; Maquiavelo descansa sobre Tucídides y Polibio.



Al recordar estos antecedentes, se pone de manifiesto que sería arbitrario y absurdo establecer una gran censura que separara el mundo preindustrial del mundo industrial y reservar para aquél sólo una actitud sentimental, una curiosidad del aficionado y un interés museal. No basta con declarar monumentos nacionales los restos del mundo preindustrial, con restaurarlos bien y preservarlos piadosamente como tales, pensando que son testimonios de un tiempo que ha pasado definitivamente y que no tiene ninguna relación vital con nosotros. Aquellos tiempos siguen viviendo, están presentes. Para que los impulsos que provienen de ellos no actúen como fuerzas irracionales, debemos hacer su historia.

Mas, al relacionar de esta manera la historia contemporánea con los siglos precedentes, no debemos incurrir tampoco en el error de convertir aquellos siglos en simple prehistoria de la historia actual, como si aquellos siglos tuvieran un valor secundario y sólo nuestro tiempo representase plenamente la historia.

En la historia todo se relaciona. La historia es continuidad y cambio. Toda época tiene su significado propio y cada época es un eslabón en la larga cadena del devenir.

El historiador tiene la misión de hacer inteligible todo el universo de la experiencia histórica con el fin de descubrir y revelar todas las potencialidades que ha tenido el hombre para hacerse humano, todas aquellas infinitas posibilidades que se han puesto de manifiesto tanto en las sociedades primitivas como en las más altas culturas. El gran sistema de las ciencias históricas nos ha permitido obtener un conocimiento muy completo de todas las épocas y culturas de la historia universal. Nunca antes el hombre ha tenido un conocimiento tan completo de su pasado. Son muy pocas las manchas blancas que aún quedan en el mapamundi de la historia. Este gran compendio de un saber histórico universal no es una simple colección de datos, sino que constituye una gran antropología, una ciencia del hombre que, estudiando tanto las constantes como los cambios, procura conocer los esfuerzos que el hombre ha realizado en el curso de los siglos y milenios para convertir sus infinitas potencialidades en realidades, movido por el afán de construir un mundo humano en que el hombre pueda ser lo que debe ser según su naturaleza, esto es, humano.

El historiador dispone en la actualidad de un inmenso material empírico, fruto de intensivos estudios sistemáticos y eruditos, resultado de un enorme esfuerzo intelectual realizado en forma sostenida durante los últimos ciento cincuenta años.

El historiador que dispone de todo este material puede hoy en día, quizás mejor que sus precursores, analizar el fenómeno de la continuidad, una de las dimensiones constitutivas del tiempo histórico. ¿En qué consisten los fenómenos de *longue durée* como los llama Braudel? ¿Cuál es el papel de las *forces de longue durée*, o sea, de las estructuras, ya sea de las estructuras económicas y sociales, ya sea de las mentalidades y de los sistemas religiosos, filosóficos y políticos?

Para el estudio de las fuerzas de larga duración, el historiador puede aprender mucho de las ciencias sociales, en particular, de la sociología. Esta le puede proporcionar conceptos, categorías y técnicas metodológicas. La sociología y las llamadas ciencias exactas desarrollaron primero los métodos cuantitativos que hoy en día son utilizados también por el historiador. La aplicación de fórmulas matemáticas le permiten estudiar fenómenos que antes se escabullían al conocimiento histórico. El estudio de los precios y jornales ha permitido conocer con exactitud aspectos esenciales de la vida económica y del desarrollo social. La demografía histórica nos ha revelado aspectos insospechados sobre el comportamiento humano. Y hasta las experiencias religiosas han podido ser estudiadas mejor mediante el computador que ha analizado las cifras referentes a los peregrinajes, las procesiones, las confesiones y las comuniones.

Conjuntamente con el estudio diacrónico de los fenómenos de continuidad, el historiador actual sigue concentrando su interés en los cambios, la otra dimensión constitutiva del tiempo histórico, que ha sido siempre el objeto más propio de la ciencia histórica y para cuyo conocimiento el historiador puede aportar quizás más que cualquier otra ciencia.

Los fenómenos de cambio son evidentes. También es evidente que una de las causas esenciales del cambio estriba en la necesidad del hombre para subsistir. El hombre es, en la definición de Marx, un ser que trabaja y como tal crea formas y medios para alimentarse y procurarse vivienda; desarrolla medios de intercambio y produce los medios esenciales para su vida. Mas el hombre no es sólo un ser que trabaja, sino que también es un ser que piensa, que sueña y que tiene fe.

El inmenso material empírico de que dispone hoy en día el historiador le permite comprobar que toda explicación monocausal de los cambios históricos es unilateral y científicamente insuficiente. Desde los comienzos de la cultura humana, desde las más primitivas pinturas rupestres, el hombre revela su capacidad creadora y se manifiesta como un ser espiritual que es capaz de elevarse por encima de la satisfacción de sus necesidades económicas. No cabe ignorar las obras del espíritu ni explicarlas solamente como encubrimiento funcional e ideológico de la satisfacción de sus necesidades materiales.

El ser humano es uno y así también la historia es una. En los procesos históricos se combinan, se entrelazan y se condicionan los fenómenos económicos, sociales, políticos, culturales y ético-religiosos. Y la tarea del historiador actual consiste justamente en explicar los cambios históricos relacionando estos distintos factores y fenómenos que son todos, simultáneamente, con causas y efectos. El telar que teje el tapiz de la historia no es una máquina simple. Se compone de mil engranajes y la tarea fascinante del historiador actual consiste en estudiar, sobre la base del enorme material de que dispone, la función de los distintos engranajes y el funcionamiento del conjunto.

Historia, para el historiador, debe ser siempre historia universal. Aunque haga historia local, regional o nacional, y justamente cuando haga historia particular, debe comprender a ésta en el contexto de la historia universal. La historia universal es el estudio del recorrido que ha hecho la humanidad para

encontrarse y realizarse a sí misma. La idea de la historia universal implica el reconocimiento del hecho de que el camino que ha recorrido el hombre ha estado lleno de obstáculos, de calles sin salida, de profundos abismos. En más de una ocasión el género humano y los distintos pueblos han sufrido profundos reveses. Una y otra vez la barbarie ha vuelto a irrumpir; una y otra vez el hombre, en vez de actuar humanamente, ha actuado como una fiera. El hombre ha sido un lobo al hombre. Pero el concepto de la historia universal implica también la idea de que hay una unidad y que la historia tiene un objetivo y un sentido.

Para el historiador actual ya no es tan fácil señalar este objetivo como lo hicieron, en su tiempo, San Agustín y Bossuet que comprendieron la historia como realización de los designios de la Providencia, o como Hegel quien vio en la historia el progreso en la conciencia de la libertad.

Sin embargo, el historiador contemporáneo, examinando los siglos y los milenios, puede afirmar su fe en el ser humano y su convicción de que la historia es historia humana y que el hombre, a través de crímenes, acciones heroicas y actos de santidad, en medio de convulsiones y guerras y de abnegados intentos por establecer la justicia y la paz, ha seguido impertérrito su camino por crear un mundo humano y por realizar su dignidad humana.

El historiador que no se detiene en los eventos superficiales y que no se limita a la historia inmediata, sino que tiene presente todo el grandioso *spectaculum mundi*, sabe que en la historia no hay conquistas definitivas. A los éxitos siguen nuevos fracasos. Los pueblos decaen y mueren. Esta experiencia le permite denunciar peligrosas utopías y recordar que la historia no es empresa fácil ni una comedia en que todo termina bien. El hombre tiene una tremenda responsabilidad y debe estar consciente de ella para no caer en el abismo. Pero el historiador también sabe que en la historia hay siempre una esperanza, que la historia es un proceso de permanente renacer, que la historia no es una tragedia con un desenlace fatal. Siempre hay en la historia una nueva oportunidad. Por eso el historiador también puede reaccionar contra todo cinismo, contra un nihilismo aniquilador que considera inútil toda acción porque toda obra histórica está condenada a desaparecer.

El historiador opone el juicio histórico tanto al iluso utopismo engañador como al paralizante nihilismo fatalista. El historiador sabe que la historia no es ni comedia, ni tragedia, sino que es un drama, es la dramática y esperanzada lucha del hombre, el hombre que no es ni bestia ni Dios, sino que es un ser libre que crea su historia buscando su plenitud.

Esta ha sido siempre la tarea del historiador. La es también del historiador actual<sup>1</sup>.

<sup>1</sup>Entre la inmensa bibliografía sobre el tema expuesto, sólo cito: THEODOR SCHIEDER, *Historiker in dieser Zeit*, en: *Einsichten in die Geschichte*, Propyläen, S.A. págs. 505 sgts. De este ensayo he extraído las ideas fundamentales.